

Desde pequeña tenía gran habilidad para hacer complicadas construcciones con las piezas de madera que a mi hermano se le derrumbaban antes de ponerlas una sobre la otra. Sin embargo, él se había traído una maña especial para arreglar las uñas, abrillantarlas y manejar los alicates, el pulidor y el esmalte. Aunque parecía que el mundo se nos había vuelto del revés, mientras yo acompañaba a nuestro padre a la obra, mi hermano pasaba largas tardes en la peluquería de nuestra madre, quizá con la esperanza de que el tiempo pusiera cada cosa en su lugar. Jamás escuchamos que aquello no fuera conveniente o que habría sido mejor invertir los papeles para continuar con los negocios familiares. Nos dejaron desarrollar nuestras inquietudes dentro de un marco de normalidad pues ante todo, debíamos elegir para nuestro futuro lo que más nos gustara. Me sentí privilegiada. Me crecieron las alas y soñé con alcanzar lo imposible antes de descubrir la realidad aplastante de la sociedad.

Cuando mi padre falleció por un infarto fulminante había dejado sobre la mesa un proyecto inacabado. Por entonces yo contaba con veintidós años recién cumplidos, había terminado la carrera de Arquitectura y el mundo laboral se abría como un abanico de posibilidades. Retomé sus planos a los que les di un aire novedoso, con la frescura de estilos modernistas que respetaran a su vez el entorno visual pero aportaran ganas de vivir en aquella urbanización. Aunque el capataz tenía nobles intenciones y no paraba de decirme : “Si viviera su padre no lo aprobaría, no debería arriesgarse tanto, ¿adónde va a parar contratar mujeres para la albañilería?”, yo no le hice demasiado caso. Pensaba que tampoco se nos iban a caer los anillos por amasar algo de cemento, nivelar los ladrillos y manejar las máquinas para hacer los cimientos que no tenían más complicación.

La cuadrilla era mixta por lo que la única demanda extraordinaria fue duplicar las casetas que servían como vestuarios, además de intentar mantener el orden para que cada uno se encargara de sus funciones. Mi padre en eso siempre había sido estricto y aunque yo era la jefa, debía demostrar todavía mis capacidades para que esos hombres nos tomaran a todas en serio. Zanjé los cuchicheos y comentarios que circulaban por lo bajo sobre qué demonios me había creído llevando a un atajo de mujeres a poner ladrillos, mientras alguno de los peones tenía que acercarles el material; con un recordatorio a los inicios, pues nadie nace aprendido y para eso están las oportunidades. Me callé que no se les pagaba para opinar sino para que los avances fueran correctos y el terminado envidiable.

Al cabo de unas semanas se había corrido la voz de que en el edificio Arco Iris ocurría algo raro, que al pasar por debajo, los obreros no silbaban a las chicas, que

conforme iba avanzando la estructura adquiría una belleza inusual, que imperaba el orden y la limpieza en medio del cemento y los palés de material y que cuando terminaba la jornada, un grupo de mujeres con tacón salían de las casetas junto a la cuadrilla de obreros que siempre habían estado a cargo de mi padre. Los más escépticos venían a mirar y los abuelos que se sentaban toda la jornada al sol comprobando los avances, aseguraban que por más que miraban, no llegaban a distinguir a los hombres de las mujeres pues todos se movían por los andamios con la misma agilidad.

Mi madre solo me animaba como había hecho siempre.

-Tu padre estaría muy orgulloso de ti, hija. Soñó con terminar esa urbanización y se marchó antes de verlo cumplido.

-Si, pero no me había terminado de enseñar, ni me había imaginado el costo de los materiales, el incremento económico que supone el retraso de las obras. En fin, que la realidad es más complicada que la teoría de la Universidad.

-Pero tú podrás, hija, estoy segura.

Me vio hacer cuentas en el despacho y le anuncié que iría al banco para gestionar un aumento del préstamo pues aunque la peluquería funcionaba, no era buena cosa mezclar negocios. Mi hermano también tenía que pensar en los gastos de material, cambio de mobiliario y decoración más a su estilo pues las clientas estaban encantadas con sus habilidades y agradecían un ambiente acogedor.

Después de haber revisado el importe con el que me saldrían las cuentas y de ponerme al día con los papeles de mi padre, empecé mi peregrinar por las entidades bancarias en busca de la mejor opción, más acorde con nuestros intereses, en resumen, me decidiría por quién me ofreciera excelentes condiciones de devolución.

Aparte de haberme formado en el nombre arte del diseño para la construcción de casas que no se cayeran, que los cimientos aguantaran muchísimos años y la estructura calculada a escala fuera tan correcta que perdurara en el tiempo, había pasado horas delante de los libros contables pues mi padre había creído necesario que cuadrara los balances y tuviera conocimiento sobre inversiones.

Lo que no me había dicho era que no podría pedir dinero siendo mujer, no teniendo una firma masculina que arrojara el préstamo, no tuviese un cónyuge y fuera demasiado joven para ser emprendedora. Ocurrió en el despacho de un director conocido de toda la vida, que lamentándolo mucho, no podía cumplir con mis deseos porque las órdenes de arriba eran superiores. Entre cifras y explicaciones aún remarcó con socarronería lo despierta que estaba esa mañana con los datos con los que había tratado de intimidarme.

Mi madre no se extrañó demasiado.

-Mira hija, vivimos en otros tiempos pero no hace ni cuarenta años que una mujer no podía abrir una cuenta en ningún banco, no podía comprar una casa, no podía tener nada a su nombre sino que se le asignaba un tutor que se encargara de sus finanzas. Tampoco podía viajar sin los salvoconductos y las autorizaciones paternas y mucho menos sola porque estaba mal visto.

-Pues no sé que te diga. No hemos avanzado mucho si por ser mujer no tengo derecho a disponer de un crédito como cualquier hombre. Si hubiera vivido papá –me lamenté- seguro que no le habrían contestado así.

-No te preocupes, una puerta se cierra y otra se abre. Sigue intentándolo. Si no peleamos habrán vencido. Y no querrás darles ese gusto ¿verdad?

Por supuesto que no quería. Tampoco era justo que para demostrar mi valía tuviera que esforzarme el doble que cualquier hombre en mi misma situación. Yo quería ser dueña de mis proyectos y de mi vida, romper los moldes patriarcales, emponderando el talento y haciendo entender las reglas del juego. Si mi padre me había educado para que pudiera tomar las riendas de la empresa, fue sin duda porque había creído en mis capacidades y para que siguiera estando orgulloso al verme recogiendo sus frutos, no me quedaba más remedio que pelear.

Durante varias mañanas seguidas estuve visitando varias entidades más hasta que por fin en una me atendieron sin hacer preguntas, sin cuestionar mi sexo, sin necesitar avales masculinos, ni tener en cuenta mi juventud. Hablamos durante bastante rato de las condiciones financieras antes de firmar el papeleo que me iba a permitir continuar.

De regreso al tajo, mis amigas tenían cara de interrogante. Querían saber si por fin lo había conseguido porque mi proyecto también era el suyo, el de todas nosotras luchando por levantar la urbanización con cemento y paletas, con ladrillos y baldosas, con andamios y fachadas. Yo era una jefa justa. Mis sueldos eran exactamente iguales para ambos y aunque algunos obreros de mi padre apelaban a la antigüedad para escalar puestos y dejar por debajo a mis amigas, no lo permití salvo que demostraran su talento y que merecían el ascenso deseado. También tenía en cuenta la conciliación familiar, ajustando el horario para que las que eran madres pudieran ocuparse de comer con los hijos, recogerlos del colegio o ayudarles con los deberes a última hora.

Los abuelos que solían sentarse enfrente de la obra para ir viendo la evolución no tardaron en alabar mi trabajo. Incluso alguno confesó:

-De no estar viéndolo con mis propios ojos no me lo habría creído. En mis tiempos jamás habrían admitido a una mujer para poner ladrillos pero esos (se refería

a los obreros) dicen que dejan todo tan limpio y tan apañado que quien compre esas casas no va a necesitar casi hacer la limpieza de obra.

-Ya, seguro que también piensa que una mujer no puede enseñarle a ninguno de esos como se prepara el cemento o cuando quitar la barandilla. A mí no se me permite un mal día, ni una equivocación.

-Pero ha conseguido mucho. Debe ser de las pocas obras en las que no se dicen groserías, ni se silba en ninguna dirección. Tiene que estar muy contenta porque no es fácil que nos entre en la cabeza que si se empeñan, hacen lo mismo.

Nuestro Edificio Arco Iris concebido por una mente femenina, con formas onduladas y cada uno de sus niveles con un terminado diferente, nos llevó a ganar el Premio Nacional de Diseño como reconocimiento a un trabajo bien hecho.

Había estado tan ocupada que no me había dado cuenta de que mi hermano también había prosperado mucho. Mi madre le dejaba hacer y con el tiempo hasta las mujeres dejaron de decir si tenía pluma, si era afeminado o si habría sido mejor que me hubiera echado una mano a mí con la obra. Le prestaban sus manos, se dejaban maquillar para las fiestas y cotilleaban sobre lo que había hecho la Esteban o la Bollo, sobre las fotos pilladas a traición a la Estefanía en bañador, como si mi hermano fuera una más de la cuadrilla.

Lo que parecía fuera de toda lógica en un lugar más bien pequeño, poco a poco se tiñó de normalidad. A nadie extrañaba esa aparente inversión de papeles que estaba más en la mente y los prejuicios que en las capacidades reales para desempeñar cada uno nuestras funciones.

Mi madre nos miraba con el orgullo propio de no haber sucumbido a los convencionalismos. Ella había sido la primera luchadora pues sin su apoyo, ninguno de los dos habríamos encontrado la felicidad laboral, ni habríamos luchado con la misma ilusión que lo hicimos.

Y antes que ella, otras muchas mujeres nos habían abierto el camino.